

The image is a vertical composition. The top portion shows a riverbank with lush tropical vegetation, including banana trees and various green shrubs. The bottom portion shows the interior of a boat, featuring a wooden deck, a thick wooden beam, and a black tire with a green inner lining. The water of the river is visible in the background, reflecting the surrounding greenery.

Marcelo Cohen
GONGUE

INTERZONA



GONGUE



INTERZONA

Cohen, Marcelo

Gongue. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2012.

88 p. ; 21x13 cm.

ISBN 978-987-1180-97-4

1. Literatura Argentina. I. Título

CDD A860

Fecha de catalogación: 06/06/2012

© Marcelo Cohen, 2012

© interZona editora, 2012

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Mariel Mambretti

Corrección: Virginia Ruano

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Tapa y composición: Mariel Mambretti

Imagen de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-1180-97-4

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Marcelo Cohen

GONGUE

Una historia del Delta Panorámico



INTERZONA



El agua está quieta.

Yo soy muy poderoso.

Yo me concentro y el agua se aquieta para alisar la luz.

Es inmadura la luz, como de pronto en la mañana. Pero yo estoy de pie o sentado en mi tocón, siempre con la espalda derecha, y si me mato un mosquito en el cuello doy el manotazo con tal velocidad que no se aprecia. Lenteja de sangre queda machucado el mosquito y yo me lo quito del cuello con la uña, así con rapidez, y nuevamente estoy cuasi inmóvil. Como ídolo, ni me bajaron los párpados ni tuvieron que volver a subirse. Este cielo de lata vieja baja casi hasta el agua, pero antes de tocarla se queda ahí, erizándola, y le hace un vaporcito.

Más inundación se vuelve el agua de río, tan castaña.

Yo tengo los ojos de eterno entornados. De ahí que se me formen las arrugas, tantas que ya no se ven. Toda una vida de mirar la comarca, que en épocas buenas es lomas con su pasto para contento de las vacas y las bunastas, llanos con su alterno de cascarrales y barbecho, por ahí sus meymuríes sombreando las casas y en lontananza unos ebalnos temblores. En tiempos va la comarca del pardo al verde, con su flor de mamelia en primavera. Nada que corte el aliento, cierto. Como si no hubiera mucho en ese paisaje, que bien visto no es inmenso, aunque ahora no se sabe tapadas como están

las cosas por la inundación. Cosas que ya en otro tiempo fueron abandonadas por el Custodio. Por eso me han destacado aquí para vigilarlas. Mas el poder que yo tengo no me lo da este encargo. Es la altura del mirador que me lo da, y yo mismo me doy un poder en que soy recto, de derecha del cuerpo y de rectitud de carácter. Yo avizoro, domino, yo estoy más arriba que el agua que todo lo tapa, yo estoy salvado y vigilo. Tengo conmigo un Gongue, y con el Gongue el sonido del Custodio. Gongue y Custodio me vienen de lejos, de más allá de mi padre. Yo gestiono varias cosas y una es la serenidad. Yo me hablo un rato para mantenerme el desvelo. Mínimo instante que se presenta un rapiñero al horizonte, con su chapaleo de remo que me trae la brisa a la oreja, me quito la manta de los hombros y agarro la escopeta vibradora con ampolletas de dieciséis energales. La vibradora no es mi primer implemento, aunque sí el que más fiero intimida. Si alrededor del puesto no se han juntado vapores grandes, la helicoidal del cañón rotatorio se ve de remoto. Previendo una miríada de vibraciones anonadantes el rapiñero se toma el piro enseguidita. Si no, yo disparo al aire. Por ahora ha sido suficiente. Mi poder no es de hacer daño, mas de estar por encima; es de movimiento poco y de bastarme solo con modestia. Más no me conviene moverme, esto aparte, dado la mala pierna y la no tan buena que me han quedado. Una era la pierna que debían operarme del hueso y el médico dejó mala como estaba porque se equivocó de orientación izquierda/derecha, que la sábana me cubría ambas y yo no podía indicarle cuál debía intervenir, porque dormía ya de anestesia; la otra, la pierna que el médico operó en su atolondre y, sana que había estado

siempre, con la clavija de maquinio que le implantó el badu-
laque me la dejó un poco maltrecha. Con todo sirve para
transportarme andando. Y si con la humedad demasiada se
me hace dolor reumático, yo aguanto porque me debo a la
vigilancia. Veo así por qué soy poderoso, y cómo. Así: de que
me debo, me viene el poder. Me debo al Gongue, a la vigía,
a gestionar mis implementos me debo, y a estar fijo como el
agua, o más fijo, porque el agua disimula que se mueve y yo
no. Mi movimiento en verdad no es falta de quietud; es ape-
nas lo justito para que yo haga entrada en el tiempo y dé
miedo. Así pues, tanto me justifico moviéndome como
cuando estoy inmóvil, y si me muevo es del alerón de mi
barraca a la tabla de la orilla donde está amarrado el bote,
ocho pasos, de la tabla al ruano, cinco pasos, del ruano a mi
alerón, diez pasos, al fondo de la barraca cinco pasos, y
otros cinco pasos al tocón donde todos mis trebejos tengo
a mano, infiernillo, pantallátor, farphonín, cacerola. Los
robotines no han resistido la humedad y esa asistencia no
tengo. Mas la barraca es de hermético adoblástice. Me coci-
no en la cacerola el guiso de cerdo muerto, con purascón y
cebollino mohoso. Pongo gran cuidado en la rectitud de la
espalda mientras miro el hervor del guiso y los carbones me
calientan la cara. Se me descarrían los ojos tras el vuelo de
las chispas; yo empero me contengo. Ídolo soy de madera
rosa mirando las ascuas, si el jefe me viera, y la celeridad
con que a la menor echo mano a la vibradora. E inclusive la
descarga al aire, jua jua, y es palmera de energales que
se dibuja en el firmamento. Si algo tocan los haces lo ano-
nadan. Lo ven esos que andan merodeando y ni esperan oír
otra descarga que agachaditos en la balsa ya dan marcha

atrás. Pero el chapaleo distinto cuando las balsas dan media vuelta me oprime el corazón, y es que imagino que se alejan por jamás. Ausencia. Cachún, la ausencia. Yo pincho un cubo de cerdo muerto para ver si se ha ablandado un poco. Escupo la esquina podrida, hacia el palafreno, que se la come con guarnición de su hinojo silvestre y su cizaña. Desde la balsa intrusa aquéllos giran la cabeza, antes de que la humedad se los trague, para mirarme un rato más tan macizo en mi soledad. Entonces algo diferente pasa, qué sorpresa, y es que en eso que se van yendo a mí se me caen las lágrimas. Puede que sea el frío. No sé. De seguido me entra la dispepsia. Uno tras otro como balines que dispara la batería de mis tripas los eructos desandan la tráquea y me estremecen la boca. Dispepsia es morbo de campesino recto, me diría, pero sé que no todos mis paisanos la tienen. Yo sí, como la menos musical y más íntima de mis posesiones. Si el jefe llamara le solicitaría permiso para pedirle a Radaleno que me carnee una bunasta. Aquí en la nevera sólo me han dejado rosbif congelado y es tan duro para mis dientes pocos; sólo un poco también de tierno solomil de bunasta. Cerdo muy ahogado en agua es más tierno, pero nadie sabe lo nociva que es su carne para el dispéptico. Mientras la dispepsia se apacigua transcurren las horas, manera subalterna de los días. Se me seca el llanto, o será que se me ha secado la manta de lanosa junto al infiernillo. Oleosos lamparones de fluido y bestias muertas hinchadas molestan la quietud del agua, y firuletes de licorvino de garrafas rotas, sin por eso restarle brillo ni color castaño. Y es que el agua, creo yo, tiene una manía, y es estar siempre estable, y tanto le importa eso solo que en cuanto encuentra un desnivel se

agita un poco, la inconsciente, y sale del estancamiento para de nuevo estabilizarse. En esto se le pasa el tiempo, y a mí se me pasa con ella. Así pasa la noche y pasa el mediodía, como que nada ha pasado, pero atento ahora: que más que nunca antes se presentan nuevos intrusos, lejanos, bogando sobre una balsa de puertas atadas con alambre. Llevan bandera de filamentos luminosos verdinaranjas, como que fueran de un equipo, y mujeres y hombres abrigos de perlonat que habrán rapiñado, y un botecito a la rastra con robotín piloto, y uno hay con escafandra que va sondeando el fondo con una pértiga para ver donde están las casas. Pienso que querrán bucear en busca de valores. Ahí nomás me entra el temor de que topen con la finca de mi jefe. Así que bueno. Bueno ¿qué? Yo, sentado recto en el tocón, esta vez ni he sacado el arma letal; si acaso he empuñado el farphonillo, que en el cinto lo llevo, y creen que daré aviso a la Guardia. Yo cuido el farphón, lo meto siempre en su estuche y lo entibio con de mi aliento una bocanada. A veces le soplo humo de cigarro. La resguardina negra se empaña. Es un imple-mento de su importancia el farphón visuable. Tampoco el primero, sólo que a través de él me comunico con Radaleno. Claro que vaya la necesidad, hablar con ese julinfo. A veces me quedo refunfuñando por qué el jefe le encargó a Radaleno gestionar el vacaje y las bunastas, y a mí gestionar lo inundado; cuando debería ser al revés, no la gestión sino quién refunfuña, considerando la nobleza de mi puesto. Será que no es maciza mi soledad, o no lo bastante macizo mi puesto de vigía. Esos merodeadores se han ido hace buen rato, a juzgar por la oscuridad, o por los gruñidos de la tripa que me avisan el hambre, y más rato todavía si

se nota que ha pasado todo el día en redondo. O dos días, y estamos en la misma hora. Así mi poderío en el tiempo igual. Nunca pasa nada. Nunca. Pasa. ¿Nunca? Pero a veces un sacudón una aspereza unas olas que se irritan y en el fondo me aflijo un poco cuando se suelta la lluvia. Avisa con gotas resbaladizas, de pronto, y se presenta con grandes bodoques, luego. En mi vida había visto nunca diluviar a rachas de esta manera cuando ya parecía haber llovido todo. Cuando entero alrededor de mi puesto un bambusal de agua torcida se estrella contra la inundación, y se arma la inmensidad de burbujas, me vengo más abajo del alerón de adoblástice de mi barraca. Entonces se ve cómo el alerón es implemento de rango primero. El alerón repara; abriga al campesino vigilante sin encerrarlo. El alerón tiene abajo su infiernillo y la cacerola. Para el té y el guiso de chanco muerto la cacerola, limpiándola después de cada colación, y el infiernillo para calentarla y también las manos de paso. A mi espalda está la barraca con el catre a cobijo y su provisión de conservas y lo nutriente helado en la nevera de fluido gaseoso; pero bajo el alerón tengo los implementos menos subalternos, y nunca pasa nada sin que yo me repita cómo hay que valorar mi jerarquía de implementos. Sin jerarquía de valores no hay forma de gestionar racional, es la sentencia del jefe. En plano inferior, que no por eso los desmerece, están el catre, la manta de acrilneido, las baterías varias, el reloj, mi muda interior de repuesto. Luego, para arriba, cuelgan de la pared el chubasquero y los chanclos. Más siguiendo están las cajas de ampolletas de energales, munición para la vibradora. Me estoy dejando algún ítem, mas someramente digo: endispues el farol de gas, el pantallátor y el farphonín visuable.

En plano sobresaliente el botecito y mi palafreno ruano, que más flaco se vuelve cada día puesto que yo no puedo sino racionarle el pienso. Ramonea trebolillo artificial, pues, en la orilla del mirador. Le resbalan los cascos en el barro, se los moja una ola cuando viene, mas sólo los de adelante y lo del medio, rara vez los dos de atrás. Ha impresionado a muchos que envejezca de forma tan verosímil, y adelgace además con realismo, siendo que los laboratorios diseñan estos animales sobre todo para la resistencia, le dijo el traficante al jefe, y la agilidad. No sé si será de veras un prototipo. Ágil no fue nunca, dicho en rigor. No sé si el traficante aquel no era un cuatrero. El ruano tasca trebolillo y ramonea, escupe, no se aburre, mas colijo que el pobre animal quiere morirse. Sabe que ya no anda con crines al viento galopando por el llano, si es que alguna vez anduvo, para su orgullo; yo al menos no me recuerdo que haya sido otra cosa que matungo, desde que la Nadelica dejó de cabalgarlo pues remordimiento le daba ya con antelación que iba a dejarme, la pelandusca. Viendo a mi palafreno me preguntaría si no es que yo me esgunfio también, y entonces comprendo que para esgunfio me falta el tiempo, y ésa es justo la meta de una gestión certera: que no reste tiempo bobo. Está la limpieza de los implementos, está la vigilancia, está mi postura que es más fácil y difícil a la vez de mantener dado que yo no tasco ni ramoneo, y luego tengo el pantallátor con las noticias de actualidad y el farphón que me comunica con Radaleno. Está además esta voz ambiental que no para; dice su rapsodia de la comarca en aguas. Radaleno siempre se muestra dispuesto al farphón, el blablasero, porque al borde de la autopista, sobre

los terraplenes donde el agua no llega, no se ocupa más que de andar en poni conservando el ganado reunido, y luego verlo pastar. Acorraladas como están en sitio seco, entre los altos de la autopista y la inundación que empieza a doscientas varas, las reses no van a escaparse. Ni las bunastas ni las vacas. Radaleno me muestra por el visuable panorámicas del campamento, orgulloso de que las bunastas no le adelgacen tanto como para fallecer. Ansioso está ese alcornoque de contarme lo que le cuentan los camioneros de la capital, y su escapada al bar de la gasolinera, y cómo la caridad que le echan particulares desde los cochecillos de placer se la gasta un poco en el orgasmón del burdel. Dice que son moneditas, el orgasmón, más económico que las rameras, y además las rameras han emigrado a la capital. Luego, como estas mentiras no me inmutan, el muchacho baila los ritmos de su cabeza poniendo la cámara delante de él apoyada en un poste, para que yo me alegre con una habilidad viboreante que no le conocía. Debe de estar aprendiendo de bailarines cosmopolitas. Le luce el chubasquero blancoamarillo como un girasol de hule entre el ganado. Luego el show lo cansa, y se derrumba ante su tiendecita, y en el visuable queda protagonista un ternerín de bunasta rumiando, fuera de foco; más palabras el sabandija y yo no tenemos que decirnos excepto lo muy bien que ando yo gestionando el cuidado del agua. Eso le he repetido ahora, y él me ha garantizado una vez más que le hará reporte al jefe, cuando se apersona. Yo sé que el jefe no va a apersonarse. Comprendo que ni siquiera llame. Me recuerdo que empero podría llamar por sorpresa el día menos pensado. O sea que corto el intercambio para que

el farphonito esté disponible. Y atendidos todos los detalles de mi gestión, si mastico algún bocado me entra la dispepsia y es un desvelo apaciguarla. Luego viene esto de ir a acuclillarme con el culo colgando sobre el agua para que, no habiendo aquí retrete, la corriente se lleve los excrementos. Cuando se estancan más, los empujo con el remo de mi bote. Pescado no he comido nunca, por suerte, porque es inmundo para el estómago del Custodio; tampoco me gusta a mí comer esa especie de cuerpo tan frío. Luego pienso. Tan quieto estoy con semejante ajeteo. Luego cambio la camisa del farol de gas para que se avente mejor la oscuridad. La cacerola la friego en otra vertiente de mi puesto. Templo en balde el navájer, ya que no voy a afeitarme así cuando sin espejo me han dejado. Blanca es el agua cuando la luz es igual, marrón que se rompe en ascuas cuando el sol le da al sesgo. Diríase que al fin empieza a moverse con sigilo,

como si ya no pudiera esconder
que ella también tiene su peso.

Y encima de tanto, en la culminación de mis tareas tiene su sede el Gongue. A eso me aboco pues. Gongue. Goooon-gue. Así suena, ahora que es el momento, o se me hace que ha llegado, pues nunca me guío por el reloj sino por la enseñanza de mi padre, a quien instruyó mi abuelo en conocer los jalones del día. El Gongue no es asunto práctico; es la herramienta del alma del mundo, y el alma del mundo y el Gongue son legado del Custodio. El Gongue es implemento de no descuidar ni un santiamén en tanto su gongue es pegamento del espíritu, lo mantiene congregado para que el

Torcedor no lo desmenuce; ya que en ese caso, si el Torcedor le desmenuza el espíritu, muere el humano en vida y es como una bestia. El Gongue es plato de metal colgado de su cabaletito: gestiona la vida del mundo mudo desde que el Custodio de las Cosas se ausentó. Gestiona lo manifiesto y lo que no se manifiesta más; mantiene el equilibrio a salvo del Torcedor. El Torcedor es el antagonista del Custodio y de sus cosas. A mi madre, que murió en el parto de mí, papá me enseñó a recordarla siempre con tres golpes de Gongue, tres, que inclusive en la tumba le mantienen el espíritu pegado. Y recuerdo al Custodio de las Cosas, a la hora en que el campo alienta y se lo echa en falta, con cuatro golpes de Gongue; fatalmente necesarios, dice la oración, pero yo sé que inútiles golpes, pues bien está escrito que el Custodio de las Cosas hace mil estaciones que se retiró muy lejos, sacado de las cosas a retirarse en sí, y las dejó solas con nosotros. Si yo lo llamo con Gongue es para desquiciarle el retiro; asimismo por despecho, mas sobre todo porque me debo. Gongue. A mis antepasados los recuerdo con un golpe mortecino, casi de ni oírse, como de pala en tierra seca. A los seres futuros, con un mero rasguño, para que no despierden todavía. Hay una cantidad de variedades de Gongues, mayor que la cantidad de mis bienes implementarios. Gongue de las Micciones Gozosas, que es posterior a cada meada o evacuamiento. Gongue del Amor que Descansa Vacío, uno que para mi pena no he sabido bien gonguear demasiadas veces pues se efectúa tras el acople feliz; mas no gimo, yo, por eso. Gongue de la Caridad. Gongue de Alabanza a las Evoluciones del Sol; sólo que al sol acá se lo ve cada muerte de obispo y yo he de adivinarlo. Le doy de todos

modos y el plato de bronce aprecio que se balancea antes de cobrar un ímpetu y desbocarse de a poco y soltar al fin las ondas de sonido grave y turbulento. Las destrezas del golpe papá me las enseñó cada cual en su hora del día. Me dio la posición chúcara de la espalda, la gracia del brazo por debajo del codo, el declive del hombro que no se desvía, el giro de muñeca, los dedos flojos pero inapelables blandiendo la maza. Tiene la maza forma del glande del Custodio. Gongue. Y Gongue. Insemina el mundo, aunque desde su retiro el Custodio no engendra ente ninguno. Todo está ya creado: la maza que es su glande impregna las cosas sólo para reanimarlas; quizá las deje un poco viscosas, yendo a lo imaginario. También me enseñó papá las palabras que explican el sonido del Gongue: grave y turbulento. Las había heredado del abuelo. Y cuántas otras palabras me enseñó además que me consuelan de que el Gongue a sus veces me la traiga muy floja, según me confieso. Es un engorro, a su manera, ahora que soy hombre de cierta edad, gestionar la sincronía de las cosas y el golpe, y vigilarse a uno mismo por dentro el alma y el cuerpo para decidir la alabanza, cuando yo tengo que gestionar, no la calma del agua ya, sino la ocasión en que el ras de agua pueda abrirse por mano rapiñera y luego falte algo de todo lo que el agua ha tapado. Tan luego quejarse de falta de Gongue, ese Custodio reputo que se ha lavado las manos; encima controlando desde su retiro que uno lo haga bien, so pena de mandarle más aguacero. Ahí está, cachunga. Retornan los intrusos, éstos o los otros, a bordo de su balsa, trayendo ahora, en vez de bandera, un luminarión violeta con su cráneo de carnero que manda por las órbitas de los ojos resplandores al paisaje. Son de luminaria a batería,

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA